

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

Corazón sincero

Sally O'Neil

Owen Moore



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

[Año II] Publicación Semanal de argumentos

Núm. 62 de películas de 25
METRO GOLDWYN MAYER Cént.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

CORAZON SINCERO

Sentimental producción, interpretada por

SALLY O' NEIL

y

OWEN MOORE



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

**METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.**

MALLORCA, 220 — BARCELONA

CORAZON SINCERO

Argumento de la película

Entre las grandes batallas de la historia se cuentan las de Termópilas, Lepanto, Trafalgar y el Marne... pero nadie le tiene en cuenta los días de liquidación en los grandes almacenes.

Rebeca Mc Cruskey trabajaba en el piso principal del Gran Almacén de Stancy. Su labor era ruda y cansada teniendo que transportar continuamente cajas y paquetes de un mostrador a otro ante las demandas de una concurrencia extraordinaria, atraída por la baratura de la liquidación.

Aquella mañana Rebeca al conducir una hilera altísima de cajas cayó al suelo con toda la mercancía deshecha.

El director la recriminó, furioso.

—Si su equilibrio continúa vacilante, me verá obligada a retirar sus servicios en este establecimiento...

Rebeca se excusó como pudo y fué a servir a una señora extremadamente gorda que había cogido una camiseta de dormir y preguntaba: —¿Cree usted que esto me quedará bien, señorita?

Rebeca al ver la robustez de la dama respondió, burlesca:

—Señora... en el único sitio en que podemos encontrar algo que le sirva es... en el Departamento de Tiendas de campaña...

—¡Atrevida! ¡Desdeñada! ¡En esta casa no puede venir a comprar ninguna señora bien educada!

Acalló el dueño intentando calmar a la compradora que salió colando sapos y culebras.

—¿Es usted capaz de hacer desesperar a cualquiera? — le dijo aquél a Rebeca —. Se está usted volviendo inaguantable.

Rebeca con un sorriso de chupilla apremió nada dijo y volvió a cargar varios paquetes.

Al pasar ante uno de los mostradores vio a un elegante caballero que compraba unos perfumes y se lo quedó mirando, repentinamente enardecida de él. ¡Qué arrogante y simpático era!

La dependencia que le servía dijo al elegante:

—¡Está bien, señor! Lo pondremos en cuenta... ¿Usted tiene el número tres-seis-cuatro-dos, no es eso?

—¡Sí!

Marchó el desconocido y Rebeca repitió en voz baja:

—Tres-seis-cuatro-dos. ¡No lo olvidaré!

En el éxtasis en que se hallaba fué avanzando con las cajas y tropezó con una carretilla que conducía uno de los mozos, cayendo en ella y echando por los aires todos los paquetes.

El director acudió en el acto.

—Eso no puede seguir así!... ¡Parece un circo ecuestre!... ¡Queda usted despedida!

Rebeca intentó protestar pero el cansancio del dueño había llegado a su límite. La pagarían en la caja; ni una hora más debía permanecer allí...

Y minutos después Rebeca abandonaba el almacén despidiéndose de sus compañeras que lamentaban su situación.

—¡Oh, no me tengáis lástima! ¡No estoy tan mal! — dijo — Tengo nueve duros y mi amuleto!...

Y mostró un pequeño *bíbelot*.

Salió a la calle que estaba animadísima en aquella hora cercana al mediodía.

Para atravesar la calzada, los peatones se veían con verdaderos apuros... Una viejecita se acercó a Rebeca y le rogó si la quería acompañar para pasar al otro lado.

Rebeca aceptó y dando el brazo a la desconocida la condujo a la otra avenida.

—¡Muchas gracias, hijita!

Desapareció la vieja y de pronto vio Rebeca que llevaba el monedero abierto. ¡Le habían robado los nueve duros! ¡Ah, la vieja maldita! ¡Acababa de descubrir que era una ladrona!

Sólo le había dejado el amuleto que tiró al suelo exclamando:



...se la quedó mirando repentinamente enamorada de él.

—¿Para buena cosa me has servido!

De malísimo humor fué andando casi sin rumbo por las calles... ¿Qué iba a hacer ahora sin dinero?

Un poco cansada paróse ante un taxi de alquiler con un gesto tan triste, mirándose el vacío monedero, que daba la impresión de que le estaba ocurriendo algo muy grave.

Acertó a pasar ante ella Daniel Scarlett, un joven bohemio y aventurero, conocido especialmente en los cabarets y en las casas de empeño. Era hombre de buen corazón pero para proporcionarse dinero había sido y sería capaz de muchas cosas.

Al ver el aspecto de Rebeca y descubrir su gran tristeza, adivinó una tragedia silenciosa y sin que ella se diese cuenta, dejó caer a sus pies un billete de cinco dólares.

Ella recogió acto seguido y dijo:

—¡Jovencita, mire lo que ha dejado caer! ¡Tenga más cuidado con su dinero!

Y prosiguió su camino ante el asombro de Rebeca que tenía aquel billete en la mano.

La sorpresa de ella fué grande, pero reaccionó en seguida. Corrió detrás de Daniel y devolviéndole el billete, le dijo:

—¿Qué se ha creído usted? ¿A qué viene querer darme esto?

—¿No es suyo?

—¿No, señor? Yo no tengo un céntimo, pero no crea que soy una pordiosera.

Daniel se guardó el billete y contestó, contemplando a la muchachita:

—Olvide el incidente, monina! ¿Quiere usted venir a comer conmigo?

—¿Yo? No, señor!... ¿Por quién me ha tomado?

No lo tome usted por el lado malo. Quise decir... únicamente comer. Conozco un sitio donde hay unas ostras sabrosísimas... sin ojos... y una sopa de pollo... con pollo.

—¿No tengo hambre! —respondió ella aunque un poco vencida por aquella evocación grata al paladar.

—¿Y un bistec con un montón de setas... sin veneno!

—¿No tengo hambre! —repitió con voz más débil.

—¿Es posible que no la convenza?... ¡Hay ensalada y queso... y crema de chocolate y café!

—¿Crema de chocolate y café? —dijo Rebeca, ya trastornada—. Verdaderamente una no puede negarse a tanto...

—¿Acepta?

—¡Sí!... Pero espero que no hará usted chiquilladas... ni se propondrá.

—No tenga cuidado... seré un verdadero angelito!

Y fueron a un restorán... Y Rebeca cu-

nió de modo espléndido... La compañía de Daniel le fué atayante... Era buen mozo... y cordial.

—Esas tres cremas de chocolate están riquísimas — dijo saboreando el postre — ¿No es verdad?

—¡Divinas!... Dígame, ¿todo eso, ¿no se merece un besito?

Y sonreía con gesto pícaro.

Ella le mostró la mejilla y la señaló con sus dedos de rosa:

—Aquí!...

Daniel se lo dio... y después, instantáneamente, le dio otro beso en mitad de los labios.

Ella le rechazó enfurecida asiendo una botella para tirársela a la cabeza. Por fortuna Daniel desvió el proyectil.

—¡He debido darle cuenta de por qué me invitó usted! — dijo Rebequita, poniéndose el sombrero para salir.

—¡Chiquilla, yo no quise ofenderla!...

—Tan pronto como consiga trabajo le pagaré esta comila.

Aquella rebeldía agradó a Daniel. La dignidad de que daba muestras la muchacha le entusiasmó...

—¡Me parece que la he juzgado mal, Rebequita! — dijo — ¡Perdóneme!...

Se excusó con corteses y sinceras palabras que lograron aplacar el ánimo de ella.

—¿Me permitirá usted acompañarla?

—¡Buena... lo permitiré si prescinde usted de sus atrevimientos!

—¡Se lo prometo!...

Subieron a un taxi y Daniel la acompañó hasta la puerta de su casa. En el coche habían sellado su amistad con tiernas palabras.

—¿Podré venir pronto? — dijo él al despedirse.

—Sí... — repuso ella, mirada por la mirada cariñosa de Daniel.

Unos minutos después Daniel volvía a llamar a la puerta de la casa de huéspedes donde la joven vivía.

—¿Usted aquí otra vez? — dijo Rebequita.

—Como me dijo usted que podía venir pronto!

—Está bien... pero cinco minutos nada más.

Se dirigieron al cuarto que ella ocupaba. En el corredor encontraron a la patrona que les saludó... encargando, sonriente, que la visita fuera bien corta.

Daniel admiró la pequeña y cuidada estancia de Rebequita. Estuvieron conversando unos minutos contándole ella los episodios más salientes de su vida.

Ala Daniel sintiéndose atraído por la inocencia de aquella chiquilla. En su vida de hombre aventurero no había encontrado una tan pura flor...

Tocaron el fonógrafo y al examinar uno de los discos, Daniel leyó sorprendido:

Sansón y Dalila.

Aria del Segundo Acto. — Escena Segunda contada por Rebeca Mc. Craskey.

—¿Cómo? ¿Es usted una cantante de ópera?

—Accionada nada más. Una vez unos amigos impresionaron mi voz en un disco.

Daniel escuchó la pieza y no le desagradó la voz de su amiga.

—¡Muy bien... muy bien!... ¡Quisiera oírle cantar... personalmente!

—¡Con mucho gusto!...

Y cantó un trozo de ópera, con gran sentimiento artístico, aunque con escasas facultades.

—¡Rebecita! ¿Es usted una maravilla!...

—Voy a procurar que la contraten en uno de los teatros de Broadway!

—¿De veras? ¿No es frotura? ¿No espera usted nada en pago?

—¡Nada de eso, Rebeca! Usted es una buena muchacha y quiero ayudarla.

Y lo decía con sinceridad, con honradez... Quería a aquella joven con buen fin.

—¡Recuerde... a las diez de la mañana... en el Teatro Trocadero! — le dijo.

—¡No faltará!

Daniel se marchó y Rebecita comenzó a saltar como un jilguero, inundada de alegría por el porvenir que vislumbraba.

Al día siguiente, Daniel se encaminó al Teatro Trocadero cuyo director de escena, Irving Spiegelberg, era tan gorlo y robusto que cuando le criaron doce vacas murieron de agotamiento.

—Aquí te traigo un encanto, Irving... ya verás cuando la oigas cantar.

—¿Para qué quiero yo una cantante? Lo que necesito es una que sepa cuerse bien en el segundo acto de mi revista.

Rebecita llegaba en aquel instante y tan distraída se hallaba que tropezó con una altavoz del escenario cayendo protescamente.

Irving se echó a reír a carcajadas.

—¡Ah! tienes lo que necesito... ¡Una mujer caída!

—¡Pues es la que yo te traigo!

—¡Miel sobre hojuelas!

Corrió Irving hacia ella que se levantaba penosamente y le dijo:

—¡Ven acá, corazoncito!... ¡Tú eres la mujer caída!

—¿Qué dice usted? — gritó Rebecita levantándose.

Entiéndeme bien, no quiero decir caída en cuanto a la moral... quiero decir físicamente.

Ella le miraba, sorprendida.

—Fíjate cómo se desarrolla el acto... Cuando yo te dé un puntapié, tú te caes... de modo



—¡Recuerda... a las diez de la mañana... en el Teatro Trocadero!

muy cómico... tan cómico como sepas, ¿eh?

Rebeca, aturdida todavía, comenzó a dar vueltas por la alfombra seguida de Irving que de pronto la propinó un ligero puntapié y Rebeca se tumbó al suelo siguiendo sus instrucciones.

—¡Magnífico! — dijo el director. — ¡Estás contratada!

Acudió Daniel, quien felicitó a su amiga. Aunque él hubiera deseado que cantase, la cuestión era que estuviese contratada.

Rebeca dijo al director:

—¿No quiere usted oírme cantar?

—¡No! Después que te he visto caer, ¿para qué estropear la buena impresión con el canto?

Daniel le aconsejó que aceptara... Quizás más adelante podría conseguir su deseo...

Y unos días después llegó el estreno de la revista "El Infierno de 1928".

Daniel se hallaba entre bastidores y dijo a Rebeca:

—¡Buena suerte, amiguita!

Rebeca salió al escenario y comenzó a bailar y a moverse con gracia realmente genial. Las carcajadas eran estrepitosas. Cuando perseguida por un actor cayó a tierra lo hizo con tal comicidad que el teatro parecía hundirse a risotadas.

El éxito esaba descomunal...

Después, siempre perseguida por el actor que figuraba querer raptarla, Rebeca se subió a un tobogán que llegaba hasta la platea del teatro y deslizándose por él fué a caer sobre un elegante caballero que sonriente la tomó en brazos.

Al verle Rebeca reconoció en él al apuesto caballero que había visto en el almacén.

—Entiéndeme bien, no quiero decir caída en cuanto a la moral... quiero decir físicamente.

Ella le miraba, sorprendida.

—Fíjate cómo se desarrolla el acto... Cuando yo te dé un puntapié, tú te caes... de modo



—¡Recuerde... a las diez de la mañana... en el Teatro Tivoli!

muy cómico... tan cómico como sepas, ¿eh?

Rebeca, aturdida todavía, comenzó a dar vueltas por la alfombra seguida de Irving que de pronto la propinó un ligero puntapié y Rebeca se tumbó al suelo siguiendo sus instrucciones.

—¡Magnífico! — dijo el director—. ¡Estás contratada!

Acudió Daniel quien felicitó a su amiga. Aunque él hubiera deseado que cantase, la cuestión era que estuviese contratada.

Rebeca dijo al director:

—¿No quiere usted oírme cantar?

—No! Después que te he visto caer, ¿para qué estropear la buena impresión con el canto?

Daniel le aconsejó que aceptara... Quizás más adelante podría conseguir su deseo...

Y unos días después llegó el estreno de la revista "El Infierno de 1928".

Daniel se hallaba entre bastidores y dijo a Rebeca:

—¡Buena suerte, amiguita!

Rebeca salió al escenario y comenzó a bailar y a moverse con gracia realmente genial. Las coreografiadas eran estrepitosas. Cuando perseguida por un actor cayó a tierra lo hizo con tal comicidad que el teatro parecía hundirse a risotadas.

El éxito esaba descontado...

Después, siempre perseguida por el actor que figuraba querer raptarla, Rebeca se subió a un tobogán que llegaba hasta la platea del teatro y deslizándose por él fué a caer sobre un elegante caballero que sonriente la tomó en brazos.

Al verle Rebeca reconoció en él al apuesto caballero que había visto en el almacén.

— ¡Anda! — dijo, riendo —. Es el señor Tres.
— ¡Anda! — dijo, riendo —. Es el señor Tres.
— ¡Tres-cuatro-dos!

El caballero la contempló con extrañeza.

— ¿Qué decía aquella chica?

Rebeca tuvo que volver al escenario para proseguir la farsa. Y cuando ésta terminó, resonaron unánimes las ovaciones.

Se había consagrado como artista de fina comedia.

Daniel y el empresario la felicitaron efusivamente...

Mientras lo hacían, escucharon el canto de otra artista que representaba en el escenario.

— ¡Eso es lo que yo quisiera ser, Daniel! — dijo ella... — ¡No he resultado más que una titiritera!

— ¡No te preocupes! ¡Tú tienes talento! ¡Has sido el éxito de la función, Rebecita!

Entretanto un amigo decía al señor Tres-cuatro-dos:

— ¡Me parece que esa chica quiere algo con usted!... ¡Es una linda mujer! Si lo desea puede usted conocerla luego en la fiesta del director Irving Spiegelberg.

— No tengo mucho interés.

Terminada la función se dirigieron ambos a los salones del director de escena. Estarían allí pocos momentos...

El señor Tres-cuatro-dos, como le ha-

taba Rebeca, era Juan Stabroek, un aristócrata de la famosa familia de los Maryland.

Irving Spiegelberg había invitado a la fiesta a numerosas personas. Rebeca que se hallaba allí hablando con Daniel, al ver a su príncipe encantador corrió a su encuentro y le saludó cariñosamente.

Daniel frunció el ceño al ver hablar a Rebeca con aquel hombre.

Juan se disponía a marcharse seguidamente y contentó con alguna indiferencia a la muchacha. ¿Qué quería de él aquella artista de música-hal? ¿Por qué le perseguía con tanto empeño?

Saboteando con gran frialdad fué a tomar el ascensor, pero Rebeca deseando que permaneciese a su lado, abrió el monedero y vació todo el contenido de pastillas, lápices, broches y demás utensilios que necesita la mujer para su aseo y coquetería.

Oh! — dijo aparentando disgusto —. ¡Siento mucho que haya ocurrido esto!... ¡Si quisiera recogerme!

Juan se inclinó y recogió los objetos caídos...

— ¡Ha sido un gran desgracia mió! ¡verdad?... Usted que tenía tanta prisa! — dijo ella mirándole con ojos de enamorada.

Sonrió Juan... encogiéndose de hombros. ¡Bah! Aquella artistilla se había enamorado de él, seguramente para obtener algún regalo...

Bueno, seguiría la aventura, una aventura de esas que no causan el menor trastorno...

—Después de todo — dijo —, es temprano todavía. ¡Me quedo un rato con usted!

—¿Me hace usted feliz!

Volvieron a los salones pero permanecieron en una salita lejos de donde se bailaba.

—A mí me disgusta tanta gente... ¡Quedémonos aquí viendo los cuadros! — dijo él.

—¡Adoro el arte! — dijo ella fijándose en los óleos que había en la pared—. Siempre que hallo a un pintor callejero, me extasio.

El río de la ingenuidad de la chiquilla. ¡Tan poquita cosa como todas las chicas de las revistas!

Se sentaron en un diván...

Daniel desde otra sala les había visto hablar muy juntos y se alejó de allí con melancolía. ¡Bah! Al fin y al cabo aquella muchacha era como todas, se enamoraría del caballero rico que encontrase en su camino.

Juan cogiendo una de las manos de su amiga, le dijo:

—Presumo que estará usted esperando que la bese!

—¡Eh! ¿Qué dice usted? — contestó ella con sorpresa contemplando los ojos burlones de él...

—¿No es eso lo que usted busca... besos primero y luego diamantes?

—No... no!... — dijo, asustada.

—¡Ah! ¿quieres los diamantes primero... como las chicas del coro?...

Rebequita se levantó... Casi lloraba ante el insulto. ¿Qué mal la consideraba aquel hombre!

—¿Qué sabe usted de las coristas? Lo ha sido alguna vez? — protestó.

—Chiquilla, no se enfade usted!... Entonces... ¿qué es lo que exigiría usted de mí?...

—Lo que usted no podría ofrecer, señor... respeto y amor...

—¡Señorita!...

—¡Sí, también las coristas saben amar! ¡Esa no es una cosa que esté reservada sólo a los elegantes!

Y salió de la estancia para dirigirse al lado de Daniel... Este nada preguntó pero adivinó que algo ocurría a su amiga.

Daniel era indiferente. Al fin y al cabo, pensaba que lo mejor era tomarse las cosas con filosofía... ¿Que una mujer no le hacía a uno caso? ¡Pues dejarla y a buscar otra!



A la mañana siguiente Juan Stabrock, interesado por la conducta de Rebequita, le mandó por su chofer una cajita de flores mientras él aguardaba en la calle el resultado del obsequio.

El chofer volvió con el regalo.

— ¡Le da las gracias por las flores, señor... y le suplica que las guarde para su entierro!

— ¿Eso ha dicho?

Y dijo también que se diera un largo paseo para que se le despejara la cabeza, señor...

Juan cogió la cajita y se dispuso él mismo a entregarla a la muchacha. Llamó y entró en la habitación de Rebeca.

Ella le miró sorprendida...

— ¡Siento mucho las tonterías que le dije anoche, señorita! En realidad no sabía lo distinta que es usted de las demás...

Rebeca, a pesar de lo ocurrido la última noche, estaba pronta a perdonar... Sentíase deslumbrada por aquel hombre... Y perdonó de corazón, aceptando el florido regalo. No sabía fingir; en todo era un alma sincera...

Y él la trataba con tanta simpatía, con tanto cariño...

— ¿Quiere usted dar un paseo conmigo, señorita Rebeca?

— ¡Sí... sí!...

Realmente Juan se sentía impresionado por la bondad de aquella criatura... ¡Y él la había ofendido antes tan gravemente! Deseaba tratarla mucho, y hombre sin prejuicios sociales, no vacilaría hasta en hacerla su esposa...

Subieron en el auto yendo a dar un largo paseo durante el cual Rebeca fué sintiéndose la muchacha más feliz del mundo...

Llegaron hasta besarse en los labios...

Ella le confesó que le amaba desde que le viera en el almacén conociéndole con el nombre de Tres-seis-cuatro-dos.

— Y dígame — agregó —, ¿Me querría usted mas si yo fuese una *cantadora de ópera*?

— ¡No, Rebeca! Y no se dice una *cantadora* de ópera sino una *cantante* de ópera.

Se iba sintiendo seducido por la muchacha pero al propio tiempo deseaba rechazarla, quitarle el barniz de ordinario que aun tenía. La obligó a tirar una goma de mascar y luego con un pañuelo limpio sus mejillas y sus labios.

— ¡No debes pintarte tanto! — Eso no es de gente fina! — le dijo.

— Haré lo que me mandes — repuso ella —. ¡Querido Juan, quiero que me consideres digna de ti!

— Seguramente, amor mío; y mi hermana tendrá mucho gusto en presentarte en sociedad.

— ¿De veras?

— Pero has de enmendarte aún... Me gustas y te quiero, monada... Pero mi hermana Nan es muy retirada; muy aficionada a las artes... Las tardes las pasa siempre donde hay buena música.

— Oh, cuánto deseo ser una gran señora!

Y volvió a su casa con el alma cargada de ilusiones locas, de ensueños de grandeza y amor sin acordarse del pobre Daniel...

Y así pasaron varios días, viéndose continuamente Rebeca y Juan. Parecían vivir un idilio sin sombras...



Daniel se había enterado de aquellos amores o amoríos, no sabía bien lo que eran, y espíritu indiferente, no se preocupaba demasiado por perder el amor de Rebeca, aunque estaba enamorado de ella.

Una tarde dirigióse a un elegante restorán donde se bailaba el tango...

Nan, la hermana de Juan, estaba en una de las mesas... Era una criatura rubia y encantadora...

Al distinguir a Daniel solo en otra mesa, la rubia le sonrió con cierta coquetería...

Daniel de una ojeada admiró a la mujer y... con mayor detenimiento las estupendas joyas que ella llevaba.

¡Diablo! ¡Una conquista así! ¡Conseguir ser el dueño de esas joyas magníficas!

Era hombre que no sentía nunca escrúpulos y andaba siempre a la caza de dinero.

Así es que fué a la mesa de Nan e inclinándose dijo para hacer natural aquella visita:

—¿Dónde la he conocido a usted?... ¿Su nombre no es algo así... como... Smith?

—¡Sí!... Stabrock — contestó sonriente.

Le invitó a tomar asiento a su lado.

—Por casualidad es usted pariente de Juan



...un elegante restorán donde se bailaba el tango...

Stabrock, de los famosos Stabrock de Maryland?

—¡Sí, soy su hermana!...

—¡Ah, caramba! Yo soy Daniel Scarlett...

descendiente de los famosos Ladrón de Maryland...

Luego acariciando la mano de Nan, dijo:

—¡Qué mano más bonita! ¡Y qué brazaletes más bellos! ¿Me permite usted admirarlos?

—¡Sí... sí!

—¿Sabe usted?... Coleccionar joyas raras es mi chifladura...

Admiró aquellas joyas y se dijo que no estaría mal conquistar a aquella rubia para hacerse el dueño de tan preciado tesoro.

Bailaron... Luego una amiga vino a buscar a Nan para salir... Despidióse Daniel diciéndole en voz baja:

—¿Nos veremos mañana?

—¡Sí! — respondió ella con ilusión.

Y Daniel la vió partir pensando en lo hermosa que era... y en las joyas tentadoras.

Por un momento pasó por su imaginación el recuerdo de Rebeca... ¡El la había perdido! Justo era resarcirse con otra... ¡y con ventaja!



Durante las dos semanas siguientes Juan y Rebeca solo se vieron catorce noches.

Daniel, enterado perfectamente de ello, fué un día a visitarla a su casa.

—Dime, Rebeca, ¿te ha hablado de matrimonio ese aristócrata?

—En realidad, todavía no — respondió ella que ignoraba que Daniel la amaba —; pero lo hará en el momento oportuno, porque sus acciones lo demuestran.

—¿Rebeca, estás segura de que ese hombre te hará feliz?



—¿Nos veremos mañana?

—¡Sí, sí!... Yo amo a Juan... verdadera-mente le amo?

—Está bien, Rebeca — dijo él con indiferencia—. Yo haré cualquier cosa por hacerte feliz, cualquier cosa, en cualquier tiempo. ¡Recuérdalo bien!...

Dejó a Rebeca y ésta quedó ligeramente preocupada... Casi creyó que Daniel la amaba, al verle salir turbado... Pero, ella se sentía enamorada del otro... y contra el amor, nada se puede...

Poco tiempo después dióse una fiesta en casa de los Stabrock.

Daniel había seguido frecuentando la relación de Nan y ésta le amaba con todo su corazón inocente.

Había sido invitado a la fiesta y se encontró con Rebeca en el jardín de la casa.

—¿A qué has venido aquí? —preguntó ella—. Yo estoy invitada por Juan, ¿pero tú?

—¡Yo por Nan!... Esa mujer parece enamorada de mí... ¡Es rica!... Tú quieres serlo también, ¿verdad? Justo es que yo piense lo mismo.

Entraron en el salón. Juan presentó a Rebeca. Nan miró con desdén a la joven y dijo, aparte, a Daniel:

—Hay un rinconcito muy tranquilo en la galería. ¡Vayamos allá!

Los dos desaparecieron.

Juan seguía presentando su amiga a los otros invitados. Pero la muchacha, que carecía del hábito de frecuentar salones, daba la mano con gesto plebeyo y se movía y gritaba causando la extrañeza en aquel mundo de buenas formas.

Rebeca reía, alborotada, y unos cuantos jó-

venes y un vejete, comprendiendo que aquella chica podía divertirles un rato, la apartaron de Juan y se fueron con ella al buffet y la hicieron beber muchos refrescos entre grandes carcajadas...

Después, la obligaron a danzar en medio de la sala. A todo accedió Rebeca, turbada por la novedad.

El vejete bailó también y le dió aquel mismo puntapié que en el teatro hacía las delicias de la concurrencia. Rebequita cayó al suelo, riendo alocada y sin comprender que estaba haciendo el más espantoso de los ridículos.

Juan, frenético por aquella actitud, fué a su encuentro y la obligó a permanecer a su lado.

—¡No hagas más tonterías, Rebeca, por favor!

—Pero... he bailado como en el teatro. ¿Qué tiene eso de particular?

El joven nada dijo, pero en su alma surgió el convencimiento de que Rebeca no podría ser su esposa. Era de otro mundo, pertenecía a otra esfera de la sociedad, podía ser muy digna y muy honrada, pero le faltaba la suficiente cultura, distinción para ser la esposa de él.

Mientras tanto, en la galería, Nan y Daniel conversaban.

El decía fingiendo gran amor:

—¡Si tu hermano no da su consentimiento

a nuestro matrimonio... arruinará por completo mi felicidad!

—Querido Daniel, ¿por qué no nos fugamos? — contestó ella con la audacia inconsistente de algunas grandes ingenuas.

El sonrió.

—Pero, queridita, en estos momentos estoy, por desgracia, atravesando una seria crisis financiera.

—¡Ah! están mis joyas! ¿No podrías llevarlas a una casa de préstamos?

—¿Una casa de préstamos? — dijo él, simulando horrorizarse, cuando tanto las había frecuentado—. ¡Jamás entraré en uno de esos antros vergonzosos! Si me viesen entrar en una de esas casas... me moriría de vergüenza.

—Pues a mí no me importa... las llevaré yo misma.

—¡No, no, tesoro mío! — contestó él, fingiendo acceder—. Las llevaré yo mismo. Haré un sacrificio por nuestro amor.

Rebeca, más serena ya, habíase acercado a la galería. Escuchó las últimas palabras de su amigo que decía:

—¡Nos fugaremos! Procura tener las joyas en una maletita cualquiera para que no llames la atención.

Rebeca se estremeció. ¿Qué se proponía Daniel? La imagen de algo malo, de algo terrible, pasó por su imaginación. ¡Oh, aquellas joyas!

Nan se había marchado hacia su habitación... Rebeca fué al encuentro de Daniel y le dijo:

—Daniel, una vez me dijiste que harías cuanto pudieses por mi felicidad, cualquier cosa en cualquier tiempo.



—En estos momentos estoy atravesando una crisis financiera.

—Sí, ¿y qué?

Ella le miró y dijo:

—Quizás he pensado mal, pero por favor no hagas nada malo, Daniel!

—No pienses en cosas extrañas, chiquilla— le dijo—. Yo estoy cuidando de mis negocios. Y marchó de allí dejando a su amiga con la duda en el corazón.

Minutos después Rebeca vio desde una ventana como subían a un automóvil Nan y Daniel. La muchacha llevaba un cofrecito en la mano. Y Rebeca se estremeció.

¡Ah, Daniel, que era su mejor amigo hasta tal vez, hacía la perdición! Porque aquellas joyas...

Sin saber qué hacer, si confesar a Juan la huida de su hermana, avanzó por unas habitaciones y vio en una de ellas, en una mesita, un sobre que decía:

Juan

Estado abierto. V leyo estas líneas:

Juan: Cuando recibas esta carta tu hermana será la señora de Daniel Scarlett.

Profunda emoción se apoderó de ella. Iba comprendiendo que Daniel lo que quería eran aquellas joyas...

Salio y telefonó a casa de Daniel:

—Si el señor Daniel Scarlett llega a casa, dígame de parte de Rebeca que me espere, que voy en seguida.

Juan, que pasaba casualmente por allí, había escuchado aquellas palabras. Un mundo de dudas flotó en su pensamiento. Vió luego salir en auto a Rebeca y subiendo a otro, partió en su persecución.

Entretanto, Nan y Daniel habían llegado a casa de este último. El joven había cogido el cofrecito de joyas y decía a su amiga:

—¡Como si estuvieras en tu casa, queridita! ¡Aguárdate pocos minutos que voy a empuñar las joyas!

—¡No tardes, amor!

Daniel se dirigió a la habitación contigua. Contempló maravillado las joyas. ¡Buen plan! ¡Empuñarlas y huir al extranjero con su importe! Pero, sintió un extraño temblor. Recordó las palabras de Rebeca de que no hiciera nada malo.

Y durante unos minutos luchó entre el mal y el bien hasta que éste venció. ¡Oh, él no amaba a Nan, y aquellas joyas le quemarían el alma!

Volvió al cuarto donde Nan esperaba.

—¡Todas las joyas! — le dijo—. ¡He cambiado de parecer! Más vale que vuelvas a tu casa.

—¿Quieres decir que ya no nos fugamos? — exclamó ella, extrañadísima.

—¡Sí! ¡Todo ha terminado! ¡No quiero engañarte más, Nan! Yo te dije que era uno

de los famosos Ladrón de Maryland... y te lo dije intencionadamente.

Ella floraba.

—Lo siento, Nan, pero que te sirva de lección. No frecuentes más esos salones de bailes públicos. Hay en ellos muchos peligros para las jóvenes como tú...

—Entonces, ¿querías robarme las joyas?

—¿Robarlas? Tal vez, pero me he arrepentido a tiempo.

Rebeca llegó a la casa y rechazando al crío que le impedía el paso entró en la habitación.

Miró a Daniel y le señaló las joyas. ¿Qué se proponía?

—¡Pierde cuidado, Rebecuita! — dijo el joven que conocía su aviso telefónico — ¡Tú me has inspirado nuevas ideas para mí... futuro!

Nan floraba, desconsolada, ante el fracaso sentimental... ¿Qué quería aquella mujer?

Se escucharon nuevos pasos y oyóse una voz de hombre. Rápidamente Rebeca y Nan se ocultaron en la salita vecina.

Apareció Juan en el momento en que Daniel cerraba la puerta donde se escondían las dos mujeres.

—¿Quién está en esa habitación? — dijo el recién venido, señalando la puerta.

—Eso no le importa a usted! Es negocio mío!

—Bien, ahora ese negocio va a pasar a ser mío...

Quiso forzar la puerta pero ésta se abrió y apareció Rebeca, quien volvió a cerrar.

—¡Me lo figuraba! — dijo Juan, furioso.

—¡Las apariencias me condenan, Juan; te aseguro que sigo siendo honrada! — gimió ella.

—¡Vaya! ¡No mientas! ¡No eres más que una cualquiera!

—¡Grandísimo canalla! — gritó Daniel — ¿Cómo se atreve usted a insultar en esa forma a una verdadera señorita? ¡Yo le diré por qué ella está aquí!

—¡No, Daniel, por favor! — dijo Rebeca.

Nan, que lo había escuchado todo, apareció. Libreaba, no quería sacrificar a nadie por su culpa...

—¡Tú aquí! — dijo su hermano, en el colmo del asombro.

—Yo tengo la culpa de que Rebeca esté aquí — murmuró —. Estás juzgándola como ella no merece, Juan. Yo he venido por mi voluntad y ella ha querido salvarme...

Y avergonzada, abandonó la casa.

Juan miraba a Daniel. Este le dijo:

—¡Le juro por mi honor que nadie ha atentado aquí contra su hermana! Ha sido una ligereza, pero nada más.

Juan, malhumorado por el fin de aquella aventura, se acusó ante Rebeca y salió de la

habitación.

Rebeca se alejó tras él...

Así pasaron cinco minutos durante los cuales Daniel tomó la resolución de abandonar la ciudad por tiempo indefinido y emprender una vida absolutamente honrada.

Al salir al recibidor, quedó sorprendido al ver a Rebeca que le aguardaba.

—Pero, ¿cómo es eso que no te marchaste con Juan Stabrock? — dijo.

—Porque... he comprendido que no podría ser feliz con él, Daniel. Él es de un mundo diferente, que no es el mío... A pesar de su nobleza, no podría ser nunca su mujer... ni le haría dichoso. Al conocerme pensó tomarme como amiga, estoy segura, después le di lástima, pero nunca llegaría a ser su esposa, y su mundo me rechazaría. ¡No es mi ideal!

Y sollozaba.

Daniel, con melancolía, repuso:

—¿Cuánto daría yo porque tu ideal, lo que tú quieres, se pareciera a mí!

Ella bajó los ojos y miró fijamente a su amigo. Tal vez él era la verdadera felicidad.

Y lo fue... Daniel, que había vencido al espíritu del mal, no abandonó la ciudad... al ver que Rebeca quedaba libre.

Algún tiempo después se casaban, y ella olvidó para siempre la otra aventura... Y amó mucho y siempre a su Daniel.

FIN



[B.]